

9 Veintitrés años... sin cesar

Desde el año trece de Josías hijo de Amón, rey de Judá, hasta este día, que son veintitrés años, ha venido a mí palabra de Jehová, y he hablado desde el principio y sin cesar, pero no escuchasteis. Y envió Jehová a vosotros a todos sus siervos los profetas. Los envió desde el principio y sin cesar; pero no escuchasteis ni inclinasteis vuestro oído para escuchar cuando decían: “Volveos ahora de vuestro mal camino y de la maldad de vuestras obras, y habitaréis en la tierra que os dio Jehová a vosotros y a vuestros padres para siempre”.

Jeremías 25:3-5

Los alpinistas experimentados tienen un paso calmo, corto y regular, que al momento parece insignificante, pero luego este paso que mantienen a medida que van ascendiendo, mientras que el inexperto paisano se apresura, y pronto tiene que detenerse, golpe mortal de la subida... Cuando la densa neblina viene, el alpinista experto se detiene y acampa bajo alguna carpa ligera que trajo consigo, encendiendo silenciosamente su pipa, y avanzando de nuevo sólo cuando la neblina se ha disipado... ¿Desea crecer en virtud para servir a Dios, para amar a Cristo? Bueno, usted crecerá y alcanzará estas cosas si las hace algo lento y seguro, completamente real, una montaña alta y escalonada, deseoso de acampar por semanas o meses en la desolación espiritual, oscuridad y vacío en diferentes etapas de su marcha y crecimiento. Todo deseo por obtener lo mejor –lo mejor de sus propios sentimientos, el intento por eliminar o minimizar la cruz y el juicio, no es más que estúpida insensatez y pueril insignificancia.

Baron Friedrich von Hügel¹

La diferencia entre la palabra correcta y la palabra casi correcta es, según dijo Mark Twain, la diferencia entre un relámpago y una luciérnaga. Una sola palabra, si es la correcta, puede iluminar e iniciar un fuego al mismo tiempo. En el capítulo 25 de Jeremías, en el centro del libro y dado en el punto medio de su carrera profética, encontramos un ejemplo de estas palabras correctas: sin cesar, *hashkem*.

Aquí tenemos una imagen muy interesante. *Shechem* (siquem) significa hombro. En el centro de Palestina hay dos grandes montes con forma de hombros, llamados Ebal y Gerizim. El pueblo situado entre ambos montes se llama Siquem. Cuando los israelitas llegaron por primera vez a la tierra prometida después de vagar por cuarenta años en el desierto, Josué los llevó a Siquem, y los enfiló hacia la ladera de los dos montes, una mitad en una ladera y la otra mitad en la otra ladera, y repasaron la palabra de Dios que los había llevado hasta allí. De un lado fueron invocadas las bendiciones que vendrían de una vida de verdadera adoración; del otro lado fueron invocadas las maldiciones que vendrían de una vida de rebelde egoísmo. Siquem, el centro donde la palabra de Dios fue hablada y escuchada.

Luego, como ocurre siempre con las palabras, *shechem* desarrolló también otro significado. Cuando se iba de viaje en aquellos días, se acostumbraba guardar provisiones para el trayecto en las alforjas del burro o en las del viajero mismo y ponerse en camino. En consecuencia, la palabra *shechem* se transformó también en un verbo que significa “llenar las alforjas de un animal de carga para un día de viaje”.² En un país cálido como Israel era importante avanzar el mayor número de kilómetros posibles antes de que el sol subiera y comenzara a ser fatigoso, por lo que la mayoría de los viajes comenzaban por lo general mucho antes del amanecer. Eventualmente la palabra pasó a describir la actividad de aquellas personas que se levantaban antes del amanecer y hacían largos viajes con pesadas cargas.³ Se levantaban temprano para disponer del mayor número de horas posibles para hacer lo que tuvieran que hacer.

Esta es la forma del verbo que es usada aquí en el centro de Jeremías, el eje firme de su vida y su libro. “[Por] veintitrés años,

ha venido a mí palabra de Jehová, y he hablado desde el principio y sin cesar [*hashkem*], pero no escuchasteis”. Por veintitrés años Jeremías se levantó de madrugada y escuchó la palabra de Dios. Por veintitrés años Jeremías madrugó y transmitió la palabra de Dios al pueblo. Por veintitrés años el pueblo permaneció adormecido, perezoso e indolente, sin escuchar nada.

Esta palabra no la encontramos solamente tan sólo en el centro del libro de Jeremías y de su vida, sino a todo lo largo de su ministerio. Tenemos once ejemplos de esto:

7:13 Ahora, pues, por cuanto vosotros habéis hecho todas estas cosas, dice Jehová, y aunque os hablé sin cesar, no escuchasteis, y aunque os llamé, no respondisteis...

7:25, 26 Desde el día que vuestros padres salieron de la tierra de Egipto hasta hoy. Os envié todos los profetas, mis siervos; los envié desde el principio y sin cesar. Pero no me escucharon...

11:7, 8 Porque solemnemente advertí a vuestros padres el día que los hice subir de la tierra de Egipto, amonestándolos sin cesar, desde el principio hasta el día de hoy, diciendo: ¡Escuchad mi voz! Pero no escucharon ni inclinaron su oído...

25:3 Desde el año trece de Josías hijo de Amón, rey de Judá, hasta este día, que son veintitrés años, ha venido a mí palabra de Jehová, y he hablado desde el principio y sin cesar, pero no escuchasteis.

25:4 Y envié Jehová a vosotros a todos sus siervos los profetas. Los envió desde el principio y sin cesar; pero no escuchasteis ni inclinasteis vuestro oído para escuchar.

26:5 ... para atender a las palabras de mis siervos los profetas, que yo os he enviado desde el principio y sin cesar, a los cuales no habéis escuchado...

29:19 ... por cuanto no escucharon mis palabras, dice Jehová, que les envié por mis siervos los profetas, desde el principio y sin cesar. No habéis escuchado, dice Jehová.

32:33 Ellos me volvieron la espalda en vez del rostro, y cuando les enseñaba desde el principio y sin cesar, no escucharon para recibir corrección.

35:14 ...os he hablado desde el principio y sin cesar, y no me habéis escuchado.

35:15 Envié a vosotros todos mis siervos los profetas, desde el principio y sin cesar, para deciros: Volveos ahora cada uno de vuestro mal camino, enmendad vuestras obras...

44:4 Envié a vosotros todos mis siervos los profetas, desde el principio y sin cesar, para deciros: “¡No hagáis esta cosa abominable que yo aborrezco!”

Suena como un trabajo pesado, una dura tarea, ¿no es cierto? No cabe duda alguna de que era difícil. Sabemos que Jeremías sufrió a lo largo de su vida una cantidad enorme de abusos. Tuvo que enfrentar la burla, el rechazo y la prisión. Luchó contra el desánimo, la desesperación y las ideas de rendición. ¿Para qué continuar? ¿Por qué no simplemente ajustarse a las mediocridades de su tiempo?

En uno de tales momentos, Dios confrontó a Jeremías así: “Si te cansaste en una carrera de a pié, ¿cómo podrás correr contra los caballos?” (Jer. 12:5, traducción de Bright). ¿Qué es lo que quieres Jeremías? ¿Acaso una vida doméstica e insulsa? ¿Deseas un paseo dominical con este pueblo presumido y cretino que vive como parásitos, o competir contra los caballos? La confrontación impulsó a Jeremías a salir de su enervante desesperación: “Deseo competir con los caballos”. A la mañana siguiente despertó nuevamente antes del amanecer, viviendo *sin cesar y urgentemente*.

Un corazón preparado

La palabra *hashkem* (“sin cesar”) tiene un amanecer en ella. Jeremías se despierta en la madrugada para hacer su trabajo. Él no es un trabajador reacio y aburrido. Hay claridad del amanecer en él. Cada día se anticipa a escuchar la palabra de Dios y luego transmitirla. Es muy probable que Jeremías conociera el Salmo 108 y hubiera sido completamente natural que lo usara como su oración matutina:

Mi corazón está dispuesto, Dios mío,

¡dispuesto a cantarte himnos!

Despierta, alma mía;

despierten, arpa y salterio;

¡despertaré al nuevo día! (Sal. 108:1, 2 DHH)

Jeremías optó por no aguantar durante veintitrés años, sin importar qué se levantó cada mañana antes del amanecer. El día era el día de Dios, y no el día del pueblo. Él no se levantaba cada día para enfrentar el rechazo, sino para encontrarse con Dios. Él no se levantaba para afrontar otra ronda de burlas, sino para estar con el Señor. Este es el secreto de su incesante peregrinación, no pensando con temor sobre el largo camino que le esperaba sino dándole la bienvenida al momento presente, a cada uno, con obediente delicia, con esperanza espectacular: “¡Mi corazón está listo!”

Conocemos a gente que pasa toda su vida en el mismo trabajo, en el mismo matrimonio, o en la misma profesión, que son disminuidos lenta e inexorablemente en el proceso. Son persistentes en el sentido de que siguen haciendo la misma cosa durante muchos años, pero no los admiramos particularmente por eso. Si acaso, sentimos lástima por ellos por haber quedado atrapados en una rutina tan aburrida sin energía o imaginación alguna en ella.

Pero nosotros no sentimos lástima de Jeremías. Él no estaba atrapado en la rutina, él esta comprometido con un propósito. Una cosa de la cual Jeremías no da evidencia en un penoso y aburrido trabajo. Todo lo que sabemos de él nos demuestra que luego de veintitrés años su imaginación estaba aún más viva y que su espíritu era aún más fuerte que en su juventud. Nunca se resignó. Cada día era un nuevo episodio en la aventura de vivir la vida profética. Los días se sumaban a una vida de increíble tenacidad, de asombrosa resistencia.

Una vez se le preguntó a Joel Henderson cómo había hecho para escribir tantos libros. Respondió que jamás había escrito un libro. Todo lo que había hecho era escribir una hoja al día. Con su limitada energía y su restringida imaginación, una página al día era todo lo que podía manejar. Pero al final de un año él tenía un libro de 365 páginas.

La persistente fe de Jeremías contrasta con la errática e impulsiva naturaleza del pueblo con el cual vivía. Estaban repletos de proyectos, llenos de entusiasmo, pero jamás concluían nada. Eran como un personaje de las historietas de John Fowles —“quería escalar el Everest en un día; si necesitaba dos, perdía el interés”.⁴

Jeremías hizo lo mejor que pudo para mostrarles el pobre estado de sus vidas. Con una audaz y sexualmente explícita metáfo-

ra capturó su atención y luego dramatizó la vanidad de sus días.

Mira cuál fue tu conducta en el valle,

fíjate en todo lo que has hecho

tú, camella ligera de cascos

que corre en todas direcciones;

asna salvaje que tira al monte

y resopla jadeante de deseos.

Cuando está en celo, nadie puede controlarla. (Jer. 2:23, 24 DHH).

Este es un lenguaje fuerte. Estaban en el campo mirando el valle como camella que busca pareja de un lado al otro. El resultado de su búsqueda incansable está en las huellas de la lujuria. Todo ese movimiento sin ir a ningún lado. O como el asna salvaje en celo que está en el desierto, oliendo el viento para captar la esencia de una posible pareja –sin importar cuál sea– completamente desenfrenada y sin propósito alguno que no sea la satisfacción del deseo.

Así es como lucen, les decía Jeremías. Dominados por el impulso y el apetito, sus vidas carecían de compromiso, propósito y continuidad. Eran frenéticos y ajetreados, corriendo de aquí para allá a dondequiera que hubiera la más ligera indicación de que podían satisfacer sus deseos allí. Pero ustedes no son camellos ni asnos en período de celo, ustedes son personas con la capacidad de ser fieles. ¿No es tiempo acaso para comenzar a vivir de esta manera?

Israel tuvo una larga historia de infidelidad. Toda promesa atractivamente presentada la apartaba de Dios. Toda moda pasajera era adoptada en una fugaz ráfaga de entusiasmo. Durante siglos habían tenido un amante tras otro.

En otro mensaje sobre el mismo asunto, Jeremías usa una ilustración diferente: “¿Por qué eres tan ligera para cambiar tus caminos? También serás avergonzada por Egipto, como fuiste avergonzada por Asiria” (Jer. 2:36). Aquí coloca un espejo delante de ellos y ven el reflejo de una inestable joven adolescente con un enamoramiento por el chico nuevo que se acaba de mudar a su calle. Presa de los nervios, en lo único en que puede pensar es en volver a verlo, en atraer su atención, en ser notada por él.

Cuando él la ignora, ella se va tras el chico de la calle de enfrente y la historia se repite toda de nuevo. Frívola y coqueta, la joven va de un chico a otro, sin importarle relación alguna, preocupada tan sólo por llamar la atención. Y los chicos, por supuesto, están tan sólo interesados en utilizarla. Se merecen mutuamente.

El mensaje es muy claro. Primero tuviste un enamoramiento con Asiria y aquello fue una pérdida de tiempo. Ahora tienes un enamoramiento con Egipto y terminará de la misma forma. Si alguna vez maduraste, mira atrás y recuerda aquellos tiempos de pena y vergüenza. ¡Mientras tanto Dios te ama, y una vez tú dijiste que lo amabas! Tus acciones se derivan de tus tontas fantasías. No tienen base alguna en la realidad. Nunca le importaste a Asiria; y a Egipto jamás le importarás. A Dios sí le importas. Dios no permitirá que el pueblo que él ama y creó para su gloria viva de manera tan estúpida y vacía.

Nuevas cada mañana

¿Cuándo aprendió Jeremías a ser persistente? ¿Cómo pasó esta palabra a formar parte de su vocabulario, de su vida? Ciertamente no fue observando a la gente a su alrededor. Lo aprendió de Dios.

Jeremías aprendió a vivir para Dios sin cesar porque Dios vivió en él sin cesar. Las cinco oraciones poéticas del libro de Lamentaciones (escritas en la tradición de Jeremías) expresan el sufrimiento que experimentó el pueblo de Dios durante y después de la caída de Jerusalén, el evento más desastroso de su historia. En medio de este tiempo tan terrible, y ubicado también en el centro casi exacto de estos cinco poemas que lamentan el pecado y el sufrimiento, se encuentra estos versículos: “Que por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias; nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad!” (Lm. 3:22, 23).

Allí están, “nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad!” La constancia de Dios no es la tenaz repetición del deber. Hay en ella toda la sorpresa y creatividad, y también toda la certeza y regularidad, de un nuevo día. Amanece cuando la espontaneidad y la seguridad arriban al mismo tiempo.

¿Puede alguien acostumbrarse alguna vez al amanecer? Cada noche “nos disolvemos en la oscuridad así como un día nos disolveremos en el polvo; nuestro propio ser, tal y como lo conocemos, es borrado del mundo de las cosas vivientes; y luego somos resucitados como Lázaro, y hallamos todas nuestras extremidades y sentidos inalterados, con la llegada del día”.⁵ nunca nos acostumbramos. El amanecer es siempre una sorpresa. Algunas veces, por supuesto, no logramos responder a él. Pero cuando esto sucede intrínsecamente sabemos que se debe a una deficiencia nuestra, derivada de la enfermedad o la depresión. Si las repeticiones de la naturaleza jamás son aburridas, cuánto menos las repeticiones de Dios.

Esta es la fuente de la persistencia viva de Jeremías, su constancia creativa. Él se levantaba antes del amanecer y escuchaba la palabra de Dios. Cada madrugada, se presentaba tranquilo y atento ante su Señor. Mucho antes de que la algarabía, las quejas y las burlas comenzaran, tenía este tiempo de enfoque, descubrimiento y exploración con Dios.

“Pero”, dijo Jeremías, “no escucharon... nunca prestaron la más mínima atención” (Jer. 25:3, 4 –traducción de Bright). Aquí está, entonces, la razón de nuestros estilos erráticos de vida, nuestra inconstancia, nuestra infidelidad, nuestra estúpida incapacidad para distinguir entre la moda y la fe: no madrugamos para escuchar a Dios. No encontramos a diario un tiempo fuera de las multitudes, un tiempo de silencio y soledad para prepararnos para el resto del día. “Un hombre muy original” -dice Garry Wills- “debe modelar su vida, preparar un itinerario que le permita reflexionar, estudiar y crear”.⁶

Jeremías tenía una prioridad bien definida: madrugar constantemente, escuchar a Dios, luego hablar y realizar lo que había escuchado. Esto no era así porque no tuviera otra opción que seguir. Era así porque él no podía pensar en ninguna otra cosa que hacer. Había elegido lo que Jesús llamó “la cosa necesaria”: escuchar atentamente y con fe a Dios.

El rasgo característico de un cierto tipo de genialidad es la habilidad y energía para volver a la misma actividad incansablemente, imaginativamente, curiosamente, durante toda

la vida. No rendirse jamás e ir tras algo nuevo; sin distraerse nunca y divertirse con algo nuevo. Agustín escribió quince comentarios del libro de Génesis. Comenzó desde el principio y nunca estuvo satisfecho de haber llegado al comienzo. Nunca creyó haber llegado a las profundidades del primer libro de la Biblia, a los mismos orígenes de la vida, a los primeros principios de la relación de Dios con nosotros. Siempre volvía a las primeras preguntas. Beethoven compuso dieciséis cuartetos para cuerda porque nunca estuvo satisfecho con lo que había hecho. Siempre se sintió intrigado y retado por la estructura del cuarteto. La perfección huía de él, siempre volvía una y otra vez en un intento por alcanzar maestría. Creemos que sus cuartetos fueron bastante buenos, pero él no pensaba igual. Así que persistió, trayendo una energía nueva y creativa a cada uno de sus intentos. La misma cosa una y otra vez, y aún así nunca la misma cosa, porque cada nuevo intento resplandece con una creatividad deslumbrante.

Y Jeremías: “[por] veintitrés años, ha venido a mí palabra de Jehová, y he hablado desde el principio y *sin cesar*”. Una sola cosa es necesaria. Y es sólo hoy cuando podemos hacerla. Y volverla a hacer. Una y otra vez. *Sin cesar*. No negligentemente, sino con toda la fuerza de una repetición.